

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 59
Cuba: Cien Años de Alejo Carpentier

Article 24

2004

Esta Vida

Antonio José Ponte

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Ponte, Antonio José (Primavera-Otoño 2004) "Esta Vida," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/24>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ANTONIO JOSÉ PONTE

ESTA VIDA

El coche restaurante iba vacío y Cora descubrió sobre una de las mesas una botella a medias junto a un vaso. En otra época de su vida habría pensado que era una bella tarde. Pero viajaba en ese tren día tras día, de una provincia a otra.

Sus viajes habían comenzado luego de insultar a un jefe. Tuvo encima el atrevimiento de no pedir perdón y le notificaron que tendría que perderse del mapa pues no hallaría trabajo en toda la provincia.

Para poder viajar a diario en aquel tren se vió obligada, durante los primeros meses, a acostarse con los del coche restaurante. Y al cabo del tiempo debieron aburrirse de ella, o tal vez empezaron a considerarla con derecho a viajar sin boleto.

Ninguno de los tres estaba por allí. Cora echó los zapatos en su cartera y levantó las piernas. Se abrazó a la vieja cartera, cerró los ojos, y al poco rato la cabeza le colgaba.

Despertó porque un hombre vestido de pijama masajeaba sus pies.

Ella lo llamó médico, aunque era veterinario. O asistente de veterinario. (En cualquier caso se trataba del pasado.)

– ¿De quién podrá ser? – le preguntó acerca de la botella.

En pijama y zapatos deportivos, el médico parecía arrancado de su casa, secuestrado frente al televisor.

– Ahí tiene tus pies de muchacha – terminó con el masaje.

El piso llevaba tiempo sin fregarse. Cora sacó de su cartera los zapatos y fue a sentarse ante la botella.

Tanto ella como el médico tenían prohibido cruzar a otro vagón. Podían viajar sin boleto a condición de no salir de allí.

Cora bebió de un golpe la mitad del vaso.

– ¿Qué tal?

Le contestó al médico con un gesto que venía a significar “igual que en tus recuerdos”.

Se abrió la puerta del coche y entró un hombre al que ninguno de ellos conocía. Llevaba el cráneo rapado y, sin mirar a Cora o al médico, cargó con la botella y con el vaso.

El médico preguntó dónde había subido y él mencionó el apeadero de la cárcel. Pareció no echar de menos el contenido del vaso.

– ¿Viste a alguno de los tres que trabajan aquí? – le preguntó el médico.

– En la parte eléctrica.

– ¿Qué pueden estar haciendo allí?

– Fueron a sacar a alguien que se coló en la parte eléctrica.

Escucharon voces de jolgorio y entró al coche un hombrecito negro a paso de revista militar.

– ¡Felipe! – se echó a reír el médico – ¿Eras tú quien andaba en la parte eléctrica?

El negrito iba descalzo y vestía ropa militar robada en la lavandería de algún campamento. Detrás venían los del coche restaurante. Uno llevaba gafas, otro el pelo teñido y el tercero era joven.

– ¡En su lugar descansen! – ordenaron.

Pero Felipe aprovechó que saludaban a Cora para sentarse frente al hombre que bebía a solas. Debió encontrar un semejante en ese extraño pues acercó sus dedos de lémurido al vaso.

– ¡Soldado Felipe! – gritó el del pelo teñido – ¡Atención!

– No abrimos hoy – advirtieron al hombre de cabeza rapada.

Éste alzó el vaso en señal de paz. Un bebedor callado no molestaría.

– ¿Y a dónde es que vas, Felipe?

– ¡Contéstele al médico, soldado!

– Por ahí.

– Igual que tú, médico – reconoció el de gafas.

Erguido el pecho, Felipe puso la mirada en el punto lejano al que miran las formaciones militares. O hacia donde tendía su viaje.

– Tengo hambre – habló para sí mismo.

– ¡Felipe tiene hambre! – corearon los del coche restaurante.

– Pues que marche – dictó como remedio uno de ellos y le abrieron la puerta del frigorífico.

Cora y el más joven de los tres se habían metido allí adentro una tarde. La atmósfera era pegajosa y la piel terminaba llena de la sal de las paredes.

Felipe marchó resuelto hasta la puerta.

– ¡Pelotón, adelante!

Sin decidirse a entrar, examinó la cámara. Era un lugar vacío, no podía ser ése el destino de su viaje.

Pero le pegaron un empujón y lo encerraron.

– Muchachos – protestó el médico.

Lo tranquilizaron con la noticia de que aquel frigorífico no funcionaba. Descartaron también la posibilidad de asfixia. ¿Acaso no había tratado de viajar en la parte eléctrica del tren? Ahora iba en sitio más seguro.

– Allá dentro duerme hasta que lleguemos – aseguró el del pelo teñido.

– Pero él no dijo dónde iba a bajarse – trató de defenderlo el médico.

– Él no tiene boleto – advirtió el más joven de los tres con los ojos clavados en el médico y en Cora.

Se acercaban a una estación.

– Que viaje hasta el final, pero allá adentro.

Pararon en un andén abarrotado de viajeros y unos pocos alcanzaron a subir. Cora y el médico vieron la angustia de quienes quedaban en el andén y pasarían allí la noche.

Del interior del frigorífico llegaron unos golpecitos. Cuando dejaron atrás la estación escucharon golpes más desesperados.

– Patea la puerta – pidió Cora sin palabras – Tú tienes los pies duros como cascos de animales.

Felipe hizo silencio. El más joven pegó el oído a la pared del frigorífico, probó a abrir solamente una rendija y enseguida los dedos de lémurido se aferraron al borde.

– ¡Que se sale! – avisó el de espejuelos en medio de carcajadas.

Sostuvieron la puerta contra el empuje de Felipe.

– Oigan, ya está bien – soltó el hombre de cabeza rapada.

Los tres del coche restaurante se volvieron hacia él.

– Abránle ya – exigió.

Felipe consiguió sacar todo un brazo.

– Sigue en lo tuyo, hermano – aconsejó el de espejuelos.

Doblaron el brazo de Felipe hasta hacerlo aullar.

El médico se puso en pie.

– Muchachos, no jueguen de ese modo.

La puerta del frigorífico volvió a cerrarse y los tres del coche restaurante echaron miradas retadoras al desconocido.

– Y tú, ¿tienes boleto?

El colocó sobre la mesa un papel.

– Tienes boleto, pero no para viajar en este coche – aclaró el más joven de los tres del restaurante – Mejor véte a tu asiento y desaparece esa botella.

– ¿Cuál botella? – el desconocido mostró la mesa limpia.

– Oye, aquí no queremos líos.

– Está bien. Me voy – se puso en pie el desconocido – pero primero abránle.

Felipe empezó a berrear y a patear la puerta. Los tres del coche restaurante avanzaron hacia el desconocido.

El hombre de cabeza rapada rompió contra una mesa la botella. Una de sus botas barrió los cristales. Las botas relucían, eran nuevas.

El médico hizo chasquear el cierre del frigorífico.

– Sál de ahí, Felipe – tuvo que ordenarle.

El prisionero no quería investigar qué le esperaba afuera.

– ¡En marcha, pelotón! – gritó el del pelo teñido.

El negrito reapareció con lágrimas en los ojos. Uno de los pies le sangraba, pero no dejaba de marcar el paso militarmente.

– ¡Alto!

Secó su ojos en una manga de la guerrera.

– Nada serio – comentó el médico después de echarle un vistazo al pie herido.

Unidos los talones y la vista al frente, Felipe comenzó a orinarse. La mancha crecía tan involuntariamente en sus pantalones que parecía orinarse en sueños.

El hombre de la botella se echó a reír al verlo. Cora, el médico, todos se echaron a reír.

El tren se detuvo abruptamente.

– Nos rompimos – dijo uno de los tres.

Y aquello les dio más risa. Era como si todo el mundo se hubiese orinado.

Tomados de la mano, Cora y el médico bajaban la pendiente a la carrera. Ella cayó sobre el colchón de hierbas y él sobre ella.

El corazón del médico latía agitadamente.

– Cora – murmuró.

Cora miró el dibujo de la tela del pijama. El médico se dejó caer al lado suyo.

– Esta vida – pronunció casi inaudiblemente.

Volviéron a tomarse las manos.

– Trabajé, eduqué a mis hijos. Mi mujer falleció antes de que me llegara la jubilación. Todas las tardes pasaba el tren y yo me decía: dentro de poco podrás irte a donde quieras.

El médico tomó una larga bocanada de aire.

– Luego me descubrieron la enfermedad y pasé del trabajo a los hospitales. No hubo jubilación.

– ¿Sabes qué me piden mis hijos? – preguntó luego de un rato de silencio.

Cora no lo escuchaba.

– Que deje siempre una nota diciéndoles a dónde voy.

En el cielo se abría una nube.

– Son los ahorcados los que dejan notas – opinó el médico.

El viento que movía las nubes en el cielo hizo ondear la hierba alrededor de ellos dos. Por un instante parecieron flotar. A los pies del talud quedaba un valle y luego unas colinas y detrás de éstas habría otros valles hasta llegar al mar.

Felipe pasó cerca de ellos mordiendo una guayaba.

– ¡Ven acá! – le gritaron – ¿Dónde encontraste esa guayaba?

El negrito escondió la fruta. Todo lo que tuviera vendría de lo furtivo: un viaje en tren, la chaqueta, una fruta.

– ¿A dónde vas, soldado?

Con dedo de lemúrido señaló hacia unos árboles.

– El río – confesó, y el médico se fue con él.

Llegó una locomotora y los mecánicos se reunieron alrededor de la máquina descompuesta.

Cuando acabaron su trabajo la noche estaba por caer. Los del coche restaurante se marcharon en la locomotora, gritaron bromas a Felipe y al médico.

En la orilla Cora encontró el pijama doblado sobre los zapatos deportivos del médico. Las ramas dejaban ver muy poco de la corriente. Ella avisó a los bañistas que el tren ya se iba. Escuchó un chapoteo, y la cabeza del médico surgió entre dos ramas.

– El agua está divina, Cora. Entra a probarla.

– Es mi tren, médico.

De igual modo se habría referido a su vida, su casa, su trabajo.

– Cora se va, Felipe. Se va el tren.

Aún dentro del agua Felipe llevaba su chaqueta militar. Dio la espalda a la orilla y volvió a meterse entre las ramas.

Cora encontró al hombre de cabeza rapada en la última claridad del día. No había electricidad en el coche restaurante y ahora estaban solos. El tipo bebía de otra botella y frotó sus manos en alcohol para luego pasárselas por el rostro. Lo vio apretar los dientes y le asombró que tuviese botella nueva y una herida en la cara.

– Fueron ellos, ¿no? – señaló hacia el frigorífico como si todavía los tres tipos estuvieran allí, a punto de pelear.

– Perdí el vaso – fue la única respuesta del hombre.

Cora se dio un trago de la botella y tomó el rostro de él por la barbilla. Lo volteó hasta hacer que la poca luz cayese sobre la herida.

– Fue el hueso – explicó él.

Si tenía una herida venía de adentro, de alguno de sus huesos. Resultaba tan inatacable que nadie podría herirlo.

Cora le preguntó de dónde sacaba tantas botellas.

– Fue guardándolas.

– ¿Pasaste mucho tiempo adentro?

El respondió que sí y sacó las piernas de abajo de la mesa.

– Me hice también de estas botas.

Ya era imposible distinguir las. Cora supuso que había tenido que pelear por ellas.

– Y tú, ¿de dónde vienes? – quiso saber él.

– De trabajar.

– Entonces, ¿a dónde vas?

– A casa.

– Trabajas lejos – comentó – ¿No hay trabajo más cerca para alguien como tú?

– No.

– Es mi cárcel – estuvo a punto de responderle Cora.

Se había hecho una cárcel de la misma manera que él su herida: por orgullo, desde adentro.

– ¿Y por qué caíste preso?

El hombre miró afuera, a la oscuridad por la que atravesaban.

– Por matar a una mujer.

– ¿Mujer tuya?

El soltó un silbido y Cora quedó en silencio, sin atreverse a tocar la botella.

– ¿Tuvieron hijo?

– No.

Bebieron el final y él puso otra botella llena sobre la mesa.

Cora se echó a reír.

– Parece cosa de magia.

– Es magia – él acarició el cuello de la botella recién abierta.

De contar con luz ella habría mostrado la foto que guardaba en la cartera. Siempre que bebía trataba de que la identificaran en la muchacha de esa foto.

La botella iba ya por la mitad cuando le anunció que su viaje terminaba en la próxima parada.

– Te bajas – repitió él para asegurarse de que la había escuchado bien.

Le tendió por última vez la bebida.

– No, basta.

– Tú eres la primera mujer con quien converso en años – confesó el desconocido.

La estación era un pequeño apeadero, el pueblo un montón de casas oscuras donde la gente dormía desde hacía horas. Cuando el tren se perdió y todo quedó en silencio, Cora descubrió que a sus espaldas alguien más hacía su camino.

Oyó romperse contra las piedras una botella. Un perro ladró al final del pueblo. Cora sintió pasos cercanos y apretó la marcha. Sólo unos metros más y se encontraría a salvo.

Corrió casi. Llegó a casa y el hombre de cabeza rapada pasó de largo como si nunca hubiese ocurrido la conversación del tren.

Cora encendió el interruptor, echó un vistazo a la sala y comprendió que no podía dejarlo ir.

Anduvo tras él. Primero con temor, luego abiertamente.

Dejaron atrás las últimas casas y él tomó el camino del cementerio. Los muertos de varios caseríos reposaban allí. En la reja de la entrada faltaban barrotes y el hombre se metió por aquel hueco.

Un perro ladró dentro del cementerio. Aulló después, como si el hombre lo hubiese hecho callar de un golpe.

Volvió a ladrar, lastimeramente, cuando ella entró. Vino a olisquear sus zapatos, a que tocaran con cariño su cabeza:

– Perro – lo acarició Cora.

Halló al hombre de cabeza rapada sentado en una tumba. Tenía a su lado una botella, su último acto de magia tendría que ocurrir ahora.

Él destapó la botella y vertió todo el contenido en la tierra cercana a la tumba.

La tumba, sin inscripción, tenía el único adorno de una cruz de azulejos. Cora miró fijamente los ojos del desconocido. Sintió en la espalda el frío de la cruz y encima de su cuerpo el peso de él.

– Es tu mujer – susurró.

Hundió tan fuertemente su cabeza en él que le dañó la herida, le recordó la herida del pómulo.

SOULEEN DELL'AMICO CIRUTA

ALREDEDOR DE LA NADA

Air Supply suena en la radio, hacía tiempo que no escuchaba esa canción, mucho tiempo; desde la secundaria, y esa quedó atrás, junto a los carteles con nombres de provincias que venimos dejando de largo desde que salimos de la Habana.

Lena y yo estamos en función de damas de compañía, la gente nos llama por otro nombre, pero nosotras preferimos ignorarlos. Somos Geishas, me agrada tanto el sonido de la palabra que la repito y-la repito hasta perder la voz. Ser Geisha para mí suena igual a decir: Soy Diosa. Es difícil ser Geisha, la revista decía que en el Japón son muy pocas aquellas que llegan hasta el final, las que pasan todas las pruebas.

Ellos quieren construir un hotel y es tarea nuestra mostrarles la playa. Bueno, eso dijimos a nuestros padres. Los padres de las Geishas, deben vivir al margen de la profesión de sus hijas. Lo cierto es que la playa no hay que mostrársela a nadie porque siempre está ahí y de Holguín sé tanto o menos que ellos. En mi vida había pasado de Matanzas, y eso fue estando en tercer grado, cuando me trajeron, a ver las cuevas.

–¡Estamos perdidos!– Anuncia Alessio mirando el mapa que no sé por qué se empeña en llamar carta. –Estamos perdidos, dice y sigue pegado al

timón, con la vista fija en el camino pronto a desaparecer bajo las gomas del Audi que rentaron. Yo cambio la vista hacia el verde que hace rato nos acompaña en este ir y venir interminable, luego empiezo a detallarnos uno por uno.

A mi lado está el Sapo o Sapone como lo llama Lena. Yo simulo que no le veo ni oigo, aunque sé que él está ahí, que siempre ha estado. A veces me toma la mano, me da unos besos entrecerrando los ojos y habla algo que no entiendo y me besa de nuevo y yo cierro los míos con un asco intraducible y pienso en Japón y aquella revista donde supimos de las Geishas.

El hecho de que estemos perdidos no me asusta para nada, al contrario, lo que deseo es no aparecer nunca, así no tendré que ir a la cama con el Sapo ni Lena tendrá que hacerlo con Alessio. Lena va delante de mí, en el asiento del muerto, pero eso es lo de menos. Lena y yo estamos muertas hace mucho, sólo hacemos como si no lo supiéramos. Estamos muertas por dentro, en algún momento algo se nos rompió y salió volando, quizás haya sido el alma y ahora estamos vacías.

A Lena tampoco le gusta Alessio y lo llama el Conejo, aunque a ser sinceros de los dos es el menos horrible. La verdad es que cuando alguien no te gusta, es inútil ver si es más o menos feo, el lío es que no te cuadra y punto.

Según Lena que fue la que empezó con lo de los nombres el problema de Alessio viene en la cama. En cambio el Sapo siempre es eso. Una cosa fría, gorda, babosa, salpicada de manchas, sin pelo, con ojos saltones y una boca que va de oreja a oreja. A Lena le dio mucha risa que al jabón lo llamen sapone. Se rió tanto y en la cara de ellos que se puso roja y tuve que darle por la espalda. Entonces cambió lo de Sapo por Sapone.

A la verdad no sé cómo nos metimos en esta historia de Geishas. No sé que hacemos montadas en este auto, perdidas en una provincia que no conocemos, tan lejos de casa. Al principio lo que hacíamos era faltar a la escuela y montar en el trompo porque a Lena le gustaba el chofer, luego yo me empaté con el conductor, y después las dos los dejamos plantados en cuanto conocimos a los Jimaguas del mercado, que nos regalaban alguna libra de carne de la que vendían una vez por semana, y luego con el administrador de un Rumbos, aquel con pinta de seguroso, con ese estuvimos las dos y luego aquellas señoras tan elegantes y perfumadas que nos regalaron cien dólares a cada una y nos compraban todo el helado y galleticas que quisiéramos así fuimos perdiendo la cuenta y el camino.

De pronto escucho un golpe seco, y un aullido de muerte. Lo matamos— pienso.

—Lo matamos— grita Lena.

Era un perro, lo veo a través del cristal mientras nos alejamos. Hay un silencio incómodo, casi tan incómodo como el Sapo en la cama. Alessio pone cara de pesar. El Sapo mira hacia atrás y se persigna. No son malos

estos tipos, después de todo – pienso, al menos no son peores que nosotras y aun así no puedo dejar de verlos como asesinos, nuestros asesinos.

Seguimos perdidos en medio de la nada, buscando un lugar donde construir un hotel. Un hotel con lugar para mil turistas; al que no quiero entrar, al que nunca entraré. Rodamos por dos horas más.

–¡Siamo arrivati!– dice finalmente Sapone y las caras se les iluminan, mientras la de Lena se apaga y quizás la mía también luzca igual a la suya.

–Los estábamos esperando, al fin aparecen –dice sonriente un hombre de uniforme y lleva las maletas hacia adentro.

Es una casa de visita o algo así. Lena me mira con el asco dibujado en el rostro, yo reconozco el mensaje desde el primer momento. Estamos perdidas y somos pésimas Geishas. Descendemos del auto, y tarareo la canción que hace mucho dejó de existir en la radio mientras caminamos hacia la casa.

«Estamos perdidas» pienso y no digo nada. Miro a Lena con sus botas de invierno, con este calor y ella anda en botas. Lena creció de golpe. Ahora se quedó sin ropas ni zapatos. Somos pésimas Geishas– me digo– ellas deben andar en zapatos de madera finísimos y nada les da asco. No se puede tener escrúpulos en esta profesión.

Ellos se ocupan de las maletas, del pago, no sé, cualquier cosa que se pueda arreglar con un carpeta en una casa de visitas. De pronto me dan ganas de gritar que soy menor, agitar mi tarjeta al viento, pero una Geisha no puede darse esos lujos. Recuerdo a las señoras, aquellas señoras elegantes y perfumadas, así me gustaría ser cuando crezca y regalarle cien dólares a la gente y comprarles lo que quieran comer, cualquier cosa con tal de hacerles felices.

–Ven, Lena– propongo. Ella no habla y me sigue sin mirar por donde la llevo, sin protestar. Nos alejamos, corremos sin detenernos. –No darán con nosotras– le digo, y sin saber por qué empiezo a llorar. –Estamos vacías, Lena, muertas. Quizás ya no quiera ser Geisha. Ella me abraza muy fuerte, como si tratara de revivirme con sus brazos. Nos quedamos mirando la una a la otra. –¿Podremos salvarnos?– pienso– mientras Lena me da un beso muy largo, uno que todavía me dura cuando Sapone nos alcanza.

Carta de despedida

Quiero que sepas, Dany, ahora que te vas, lo mucho que vamos a extrañarte. Estoy segura de que nadie en el aula va a decirlo, por eso te estoy escribiendo esta nota pequeña que podrás llevarte contigo, y leer cada vez que quieras. Nadie en el aula va a decirlo, porque a todos nos gusta hacernos los duros, y preferimos hacer como si no nos importara, cuando no es así.

No es así, porque cuando te hayas ido no sé de quién nos fijaremos para copiar la tarea de matemáticas cuando esté muy difícil; ni a quién regalaré mi leche cuando me traiga flores, ni sé si me traigan flores nunca más.

Ahora que irás a otra aula, en otra escuela, con otra maestra, en otro país, y vivirás en otra casa muy lejos de la tuya y de la mía; es bueno que sepas que acá tienes amigos que te quieren, que te querrán siempre y cuando te sientas solo. Sé que te vas a sentir solo, podrás pensar en nosotros si eso te ayuda. Piensa en nosotros cuando nos reíamos juntos en el parque y jugábamos. Piensa que estamos riéndonos, aunque también nosotros estemos tristes por tu partida.

Puede que no nos volvamos a ver hasta que seamos grandes y vengas de visita, o a lo mejor ni eso.

Eso todos lo piensan, lo hemos estado pensando desde que supimos que te ibas, pero nadie lo dice. Y no es que sean malos, si no lo dicen es porque no quieren hablar de cosas tristes, o que no tienen remedio, cosas que por ser pequeños no podemos cambiar. Sé que nadie lo dice, porque nadie quiere llorar.